

venir en los negocios de la Palestina; cómo pudo él enviar al Tartan á sitiár á Azoth, ciudad del litoral perteneciente á los filisteos? Había ahí tantas incógnitas, que los comentaristas no bastaban á despejarlas. El nombre mismo de Tartan era un nombre propio ó un título militar? Todo se reducia sobre ese punto, como sobre los demás á conjeturas. «El nombre de *Sargon* formaba, pues, dice M. Oppert, la desesperacion de los intérpretes de la Biblia y de los cronologistas.»

Las inscripciones de los palacios ninivitas de Nimrud y Khorsabad vienen á darnos al cabo de tantos siglos la explicacion clara y precisa de dicho problema histórico. El vencedor de Samaria nos refiere el mismo, con el estilo fastuoso de su epigráfica lapidaria, sus hazañas contra Samaria. Hé aquí lo que se lee sobre las lápidas de mármol que decoran las salas del palacio de Khorsabad:

«Palacio de Sargon, el gran rey, el rey poderoso, rey de las legiones, rey de Asiria, vicario de los dioses en Babilonia, rey de los Soamirs y Accads, favorito de los grandes dioses...—Engreido de su nombre sin mancilla, él declaró la guerra á la impiedad... Desde el día de mi entronizamiento, los principes mis rivales no me han desdennado. Llené de terror las tierras de los rebeldes, y exigí de ellos los símbolos de sumision presentados en los cuatro elementos... Reiné desde *Yatnan*, que se halla en medio del mar, desde el sol poniente hasta las fronteras de Egipto, y desde el país de los mosquianos, la vasta Fenicia, la Siria, en su conjunto, la totalidad de los *Guti Mashé*, la lejana Media, vecina de los países de Bkni, hasta el país de Albania y de Ras, que es limítrofe de Elam en las orillas del Tigris, hasta las tribus de Itou, Rubou, Haril, Kaldoud, Hauram, Oubul, Ru'ona, Litai, que moran sobre las riberas del Surappi, Ukni, Gambul, Khnidar, Puhud... Hé aquí lo que he hecho desde el principio de mi reinado hasta mi décimaquinta campaña: derroté en las llanuras de Kalou á Kumbanigas, rey de Elam. *Sitié, ocupé la ciudad de Samaria y reduje al cautiverio á veinte y siete mil*

doscientas ochenta personas que la habitaban, y cambié sus establecimientos anteriores. Instituí sobre ellos á mis lugartenientes y renové la obligacion que les habia impuesto uno de mis predecesores.»

Desde ahora, ya no cabe dudarle, el nombre del conquistador de Samaria es *Sargon*, el general insurrecto de Salmanasar V. que destronó á su señor y se apoderó de su corona. Su nombre de general era probablemente *Enemessar*, que le da el texto griego del libro de Tobias.

Los lugares de la Biblia.—En una conferencia muy interesante, el lugar-teniente Couder, jefe de la expedicion inglesa encargada de trazar el mapa de la Palestina, ha dado cuenta de los trabajos ejecutados hasta este día. La comision puesta á sus órdenes ha hecho en cuatro años la medicion de los cuatro quintos de los 6,000 metros cuadrados que constituyen la Palestina propiamente dicha. Uno de los grandes resultados obtenidos ha sido el reconocimiento de la identidad de los nombres árabes locales que existen todavia con los nombres hebreos que se hallan en la Biblia. Háse llegado á tal punto, que apenas habrá un lugar mencionado en la Biblia, que no se halle inscrito sobre el mapa. Así, los relatos de la Escritura serán ilustrados por el conocimiento de las localidades, y adquirirán toda la vida de anales contemporáneos. El teniente Couder ha citado como un ejemplo de ello la historia de David. Haciendo resaltar las condiciones militares del país, ha demostrado que habia encontrado el escenario del combate de Goliath, del encuentro de Saul en la caverna y de los viajes subsiguientes de David hasta la época de la fatal batalla de Gilboé. Los usos y costumbres hállanse reflejados en los de las tribus residentes ó nómadas que se encuentran todavia hoy, y que reproducen los caracteres de la época de los patriarcas. M. Couder ha descrito luego la condicion única del valle del Jordan y bosquejado la historia de esa torrencera extraordinaria. Algun día el Jordan enlazaba entre sí toda

una série de lagos escalonados desde el Hermon hasta el mar Rojo. A consecuencia de algunas depresiones sucesivas del suelo, aquellos lagos se evaporaron, dejando sus orillas como testimonios de su historia. Al presente hállanse reducidos á tres: el lago de Meron, el de Tiberiades y el mar Muerto. El Jordan termina en dicho pantano salado, y toda el agua que vierte en él se evapora de su superficie.

Profecía de Abdías contra la Idumea.—(Capítulo único): «Edom, tú quisiste la ruina y la desgracia de Jacob, tu hermano; tú no recogerás de tu odio más que la confusion y el oprobio... Tú perecerás para siempre. Te será retribuido en la medida de lo que has hecho; el tratamiento que nos has impuesto caerá sobre tu cabeza. Pueblos vecinos de Jerusalen, vosotros vaciasteis la copa de la alegría sobre las ruinas de Sion, vosotros beberéis ahora el vino de la cólera, hasta que caigáis en la embriaguez de la muerte. Sin embargo, la salud brillará sobre la montaña de Sion, y la casa de Jacob dominará á aquellos que la han dominado. Jacob será el fuego, José será la llama, Esaú será la paja ligera devorada por la llama y el fuego, sin dejar rastro alguno.» Hé aquí la amenaza; hé aquí ahora el castigo. «La Idumea, dice Volney (*Viajes*), no ha sido visitada por viajero alguno... Al sudeste del lago Asfaltites, en un espacio de 30 jornadas, más de treinta ciudades deruidas hallanse absolutamente desiertas. Enormes escorpiones abundan en ellas; todo beduino árabe lleva en su cinto un par de pequeñas pinzas para arrancar de sus piés las espinas que están allí hundidas.» Bouchard afirma que los cuervos marinos (*Kals, Kales*), como había predicho Isaías, encuéntranse allí en tan gran número, que basta á un niño árabe arrojar un palo para matar dos ó tres de ellos. Edom es renombrada por la multitud de sus cuervos. La cabra salvaje (*pilosus* del profeta) vive allí sobre las montañas en manadas de cincuenta, encontrándose en todas partes. Nuevas exploraciones atestiguarán

más y más que de los animales enumerados por los profetas como únicos habitantes de la Idumea, *ninguno de ellos falta allí* y que cada uno de ellos tiene su pareja.

Castigo de Egipto.—Ezequiel, cap. XXIX y XXX: «Ellos (los egipcios) serán con el tiempo un reino humilde y vil; él (el Egipto) será el más débil de todos los reinos; él no se elevará en lo sucesivo por encima de las naciones; el orgullo de su poder caerá. Yo entregaré su tierra en manos de los malvados, y yo la devastaré con todo lo que ella encierra por mano de los extranjeros. Yo soy, dice el Señor, el que he hablado. El cetro de Egipto desaparecerá. «Hace pocos años, dice M. Gibbon (*Historia de la decadencia del imperio romano*, tomo VI, pág. 109), que aquella singular potencia acaba de ser destruida de la manera la más pérfida y sangrienta. No hay más príncipe de la tierra de Egipto; ella ha sido devastada con todo lo que encerraba, por la mano de los extranjeros y de los esclavos. El pachá ó bajá de hoy es, un opresor y un extranjero; el valor que se paga para su autoridad y poder, y el estado de todas las propiedades del país que se hallan á merced de todos los pachás que le sucederán, muestran que el Egipto se halla, en todo el rigor de la expresion, *entregado en manos de los malvados.*» «Habiendo sido usurpada, dice Volney (*Viajes*, tomo 1.º pág. 74 y siguientes), desde veinte y tres años acá, dicha tierra ha cesado de pertenecer á sus propietarios naturales; el Egipto ha visto sus campos fértiles ser sucesivamente presa de los persas, macedonios, romanos, griegos, árabes, georgianos, y, en fin, de esa raza de tartaros conocidos bajo el nombre de turcos otomanos. Los mamelucos, comprados como esclavos, ó introducidos como soldados, usurparon muy pronto el poder y se eligieron un jefe. Si el primer establecimiento fué un hecho singular, su perpetuacion es otro hecho no menos extraño. Ellos se han regenerado por algunos esclavos venidos de su país originario. El sistema de opresion es metódico. Todo lo que el viajero ve ú oye, le re-

cuerta que se halla en una tierra de esclavitud y tiranía. En Egipto no hay clase media alguna, ni nobleza, ni clero, ni comerciantes, ni propietarios de tierras. La ignorancia difundida en todas las clases extiende sus efectos sobre todos los ramos de conocimientos morales y prácticos.»

El capítulo XVIII de Isaías, especialmente consagrado al Egipto, principia así: «Ay del país que está bajo la sombra de las velas más allá de los ríos de Kusch, que envía mensajeros por el mar en buques de junco, sobre la superficie de las aguas; id, mensajeros veloces, hácia una nación dislocada y desgarrada, hácia un pueblo temible desde su existencia, y despues nacion nivelada y oprimida, cuyo suelo está dividido por ríos.» El profeta pintó el estado de esa nacion desgarrada, con lenguaje enérgico en el capítulo siguiente: «Yo escitare al egipcio contra el egipcio, al hermano contra el hermano, al amigo contra el amigo, ciudad contra ciudad, reino contra reino.» (v. 4)... «Yo entregaré el Egipto en manos de un dueño severo; un rey victorioso dominará sobre ellos.»

Como quiera que no se conocía en la historia egipcia un semejante estado de division, á no ser en la época muy posterior de los *doce tiranos* que preceden á Psametik I, háse llegado á contradecir á Isaías en la redaccion de dicho capítulo. Otros críticos han hecho notar que *Psametik I* fué un rey bondadoso, y que las expresiones del profeta parecen presagiar claramente, no ya una soberanía nacional, como la de Psametik, sino la mano severa de un conquistador, de un dueño extranjero despues de una guerra civil que estalló en una ciudad contra otra ciudad y en un reino contra otro reino. Si aquel capítulo fué escrito hácia el advenimiento de Ezechias, conforme el orden de las maldiciones sucesivamente escritas en el libro de Isaías parece indicarlo, ya no hay necesidad de buscar su explicacion; *Pianchi* y *Schabak* cumplieron puntualmente el oráculo y empuñaron en sus manos victoriosas las riendas de todos esos pequeños reinos, cuya existencia acaba de sernos revelada por vez primera.

Isaías, que nos ha suministrado el nombre de Henés (Heracleópolis) como una de las ciudades más importantes de aquel tiempo, nos dá todavía un informe precioso sobre dichos reyes parciales. «Los príncipes de *Tanis* son todos ellos insensatos, los sabios consejeros de Faraon! su consejo es una locura. ¿Cómo osáis vosotros decir á Faraon: Yo soy hijo de los sabios, hijo de los antiguos reyes?... Ellos están allí como unos locos, los príncipes de *Tanis*; ellos viven en el engaño, los príncipes de *Noph*.»

No se diría sino que Isaías tuvo verdaderamente á su vista la genealogía tan numerosa de las diversas ramas de la raza *Bubastita*, á la cual hallábanse unidos la mayor parte de los grandes personajes de aquel tiempo. Los de *Tanis*, más allegados á los hebreos, les eran mejor conocidos: eso ocurría, por lo demás, bajo la vigésima tercera dinastía, en la cual el Faraon oficial era de la rama Tanita. La ciudad apellidada aquí *Noph* ha sido ordinariamente confundida con *Noph*, Memphis. No es tal el parecer de M. Brugsch; en su excelente obra sobre la geografía faraónica, este sabio, despues de haber hecho observar que varias ciudades de Egipto llevaron el nombre de *Nap* ó *Naph* y *Napel*, dice: Estoy convencido de que se trata aquí de *Nap*, ciudad citada muy frecuentemente en el monte Barkal, y que debe ser idéntica con *Napata*, capital de los Estados etiópicos de *Pabraka*, y ciertamente también con nuestra *Pianchi Meriamoum*. Isaías hubiera así nombrado las ciudades reales de los dos extremos del país, *Tanis* y *Napata*.

Daniel y *Nabucodonosor*.—La existencia misma de Nabucodonosor era puesta en duda por Voltaire, so pretexto de que Herodoto no inscribía ni una vez siquiera dicho nombre en sus anales. Y hé aquí que, gracias á las inscripciones babilónicas descifradas por M. J. Oppert, podemos penetrar en el corazon mismo de la civilizacion de Nabucodonosor y reconstituir con algunos monumentos contemporáneos el medio intelectual y social en cuyo

seno vivía Daniel en la corte del gran rey. La identificación de los nombres bíblicos dados a los reyes caldeos y persas en los libros de Daniel y Esther, con los de las inscripciones cuneiformes, es desde ahora un hecho averiguado para la ciencia. Las grandes tradiciones encuentran una confirmación maravillosa en algunos monumentos contemporáneos cuya autenticidad es incontestable.

La más importante de dichas inscripciones es la de Borsippa (Oppert, *Estudios asirios*, I vol. in 8, 1856), de la cual hemos dicho ya algunas palabras: «Ella nos enseña, dice el ilustre asiriólogo, que las ruinas denominadas hoy Bur-Nemrud son los restos de un edificio erigido por Nabucodonosor en honor de los siete planetas y reconstruido sobre el sitio de otras ruinas, que, ya en la época del destructor de Jerusalen, pasaban por el teatro de la confusión de las lenguas. La inscripción nos dice además que en tiempo de Nabucodonosor, hacía el año 558 antes de Jesucristo, *contábase cuarenta y dos vidas humanas*. El computo de esas cuarenta y dos vidas humanas, cada una de las cuales estaba evaluada, por término medio, por los caldeos en cincuenta y cinco años, arroja un intervalo aproximativo de dos mil setecientos treinta años que hubieran transcurrido entre el diluvio y el reinado del monarca caldeo. Pues bien, dicho intervalo difiere de diez años solamente del de dos mil setecientos veinte años que arrojaría la cronología hebraica. Este acuerdo es verdaderamente asombroso. La inscripción de Borsippa nos suministra además sobre el carácter histórico de Nabucodonosor algunos datos precisos que confirman los de los Libros santos. Este se titula á sí mismo el vicario de los dioses que no abusa de su poder, el sabio que presta dócil oído á las intimaciones del Dios supremo. Pues bien, Daniel nos lo había mostrado prosternándose siempre, oyendo los oráculos del Dios del cielo, y mostrándose lleno de clemencia respecto de los emigrantes judíos. Daniel refiere que el rey Nabucodonosor man-

dó hacer una estatua de oro de sesenta codos de elevación y de seis codos de espesor, y que la erigió sobre la llanura de Dura, en la campiña de Babilonia. El hecho de la creación de una estatua colosal por Nabucodonosor, nada tiene en sí que pueda sorprendernos. Herodoto y Diodoro de Sicilia nos hablan de diversas estatuas colosales: la del sepulcro de Belo tenía cuarenta codos de altura; la del templo de Lano, doce, etc. Mas hé aquí que, en su *Expedicion científica á Mesopotamia*, tomo II, página 319, M. Oppert descubrió una colina apellidada *El Mokattah* (la colina alineada, orientada sobre los cuatro puntos cardinales), de base cuadrada de catorce metros de lado, de seis metros de alto, construida con ladrillos crudos, que á él le parece ser el pedestal de una estatua colosal, como el de Bavaria cerca de Munich, y todo induce á creer que allí estaba en efecto la estatua cuya leyenda nos ha trasmitido el libro de Daniel. No es natural el suponer ciertamente, dice M. Quatremère (*Memoria geográfica sobre la Babilonia antigua y moderna, Anales de filosofía cristiana*, tomo XVII, pág. 12), que el monarca de Babilonia hubiera escogido para levantar una estatua, sea en su propio honor, sea en honor de Bel, dios tutelar de Babilonia, un terreno fuera de los muros de su capital; pero una llanura conocida como la de Dura podía encontrarse en la parte occidental de la ciudad. Nabucodonosor, habiendo escogido para ensanchar su capital un terreno inmenso que encerraba sin duda algunos campos cultivados, varios villorios y aldeas, cada uno de esos lugares tenía un nombre particular que conservó en el acto en que se encontró encerrado en el recinto de Babilonia.

La Biblia afirmaba que el destructor de Jerusalen había reedificado por completo la ciudad de Babilonia. Pues bien, Herodoto que, ya lo dijimos, no nombra ni una sola vez á Nabucodonosor, atribuye la gloria de aquellos gigantes edificios á la reina Semíramis. Entre la afirmación de Daniel, testigo ocular, y la palabra de Herodoto, escrita

tres siglos despues de los sucesos, fundada en algunas tradiciones orales recogidas al vuelo por un viajero extranjero, la filosofia racionalista pronunciábase á voz en grito coutra Daniel y en pro de Herodoto. La negacion se ha prolongado durante cerca doscientos años, mas la hora de la verdad ha sonado por fin, y las líneas siguientes entresacadas de las inscripciones traducidas harán resaltar plenamente la nulidad irrisoria de la falsa ciencia. «Nabopolasar mi padre acometió la empresa de hacer construir el gran recinto de Babilonia... Yo construí la residencia de mi soberanía, el corazon de Babilonia... Yo edificué este palacio indestructible... Yo abrí el cauce del canal... Yo fundé, yo edificué en Babilonia el templo sagrado... Yo restauré los santuarios de Dios... Yo glorifiqué siempre el culto de su divinidad suprema, etc... Yo relaté mi construcción sobre cilindros revestidos de betun y de ladrillos...» (Oppert, *Expedición científica á Mesopotamia*, tomo II, pág. 303.) Estos son precisamente los cilindros que la ciencia verdadera ha venido á descifrar con gran confusión de la falsa ciencia. «En vista de los resultados obtenidos, dice el abate M. Darras, nosotros tenemos el derecho de encumbrar siempre más alto nuestras esperanzas y las de los admiradores de la Biblia.»

La demencia prolongada en la cual el conquistador de Jerusalem incurrió al final de su vida, aquel acceso de licantropía, una de las variedades más singulares de las enfermedades mentales, de la cual Nabucodonosor mismo atestigua en el libro de Daniel la prediccion profética, la invasion repentina y la curacion al cabo del número de dias fijado por el sabio hebreo, «cuando el sentido le fué devuelto y recobró la razon,» habian suministrado un tema inagotable para las burlas del filosofismo y para las negaciones de la critica moderna. En vano Beroso, citado por Josefo (*Contra Appionem*, libro I, cap. VI), hace alusion á la enfermedad de Nabucodonosor diciendo: «Despues de haber empezado la construcción de los muros, aquel monarca fué acometido de una enfermedad que le redujo á

la impotencia.» Los racionalistas desechaban el testimonio de Beroso como un eco del de Daniel y de Josefo; mas hé aquí que Nabucodonosor habla en persona en las inscripciones. «Nabucodonosor, rey de Babilonia, yo mismo declaro: Nabopolasar, mi padre que me engendró, emprendió construir el gran recinto de Babilonia, que Bel-Dagon guarda. Dios Merodach, gran señor, bendice tambien las tentativas de mi mano, sé propicio, *accipia mi humillacion, concédeme la prolongacion de mi vida* hasta los dias mas remotos.» Y esa fórmula sorprendente hállase en la inscripción relativa á los muros de Babilonia, precisamente con las circunstancias referidas por Beroso.

El Baltasar del libro de Daniel habia permanecido desconocido para todos los historiadores profanos, y relegábase igualmente entre las fábulas la afirmacion clara y precisa que fija su muerte en la noche misma en que Babilonia fué tomada por Ciro, Cuando M. Oppert ha leído sobre un ladrillo de Chalanne-Magheer estas líneas infinitamente preciosas: «Aun cuando Naboned [Nabo el majestuoso] haya perseverado en pecar contra la gran divinidad, sálvame á mi, concédeme con largueza una existencia hasta los dias más remotos. Y puesto que él existe, Baltasar (Bel-sar-Assur), el vástago de mi corazon, mi hijo primogénito, propaga por él la adoracion de la gran Divinidad. Que su vida sea preciosa sin daño alguno, por tan largo tiempo como lo permitan los destinos.» (*Expedición científica á Mesopotamia*, tomo I, pág. 263).

Daniel, segun la santa Biblia, fué salvado dos veces de los leones, la vez primera bajo Nabucodonosor, la segunda vez bajo Dario, que le habia encargado del gobierno de una provincia. Las inscripciones cuneiformes nada nos han revelado todavía sobre dichos acontecimientos solemnes; mas ya en medio de las ruínas de Babilonia, MM. Keppel y Buckingham han descubierto un grupo colosal de escultura en mármol negro, representando un

leon puesto sobre un hombre, y ellos creen que esa estatua referente á la historia de Daniel estaba colocada á la puerta del palacio ó á la puerta del jardin suspendido ó aéreo. Por otra parte, algunos oficiales franceses al servicio del principe de Kermanchach, que últimamente visitaron la ciudad de Suza, de la cual Daniel habia sido gobernador, encontraron en ella un gran pedazo de mármol blanco sobre el cual estaban esculpidos dos hombres y dos leones. «Desde dicho descubrimiento nuestros museos europeos háñse poblado de monumentos asirios que ofrecen el mismo carácter. La multitud que contempla hoy aquellas figuras colosales de hombres que tienen á su derecha un leon que parece acariciarles, sabrá acaso muy pronto, por los descubrimientos de textos cuneiformes no descifrados, que tiene á su vista algunos monumentos conmemorativos del milagro bíblico. El dia se acerca en que será menester un verdadero milagro de insensatez para no creer en la Biblia.» [El abate M. Darras, *Historia de la Iglesia*, tomo III, pág. 437.]

El libro de Esther.—La primera conquista moderna relativa á la verdad de la historia de Esther, ha sido la identificacion del nombre del Ahasvero (Asuero) bíblico con el nombre de Xerjes ó Jerjes, establecido por M. Oppert. «El nombre de Jerjes, dice el sábio asiriólogo, se escribe en la lengua de los persas *Khsayársá*; él está compuesto de *Khsaya* (reina), derivado de *Khsy* (reinar) y del elemento *Arsa* (ojo), de suerte que Jerjes significaría *Ojo dominador*, *Khsayársá* se dice en la traducción escita *Khsaasara* ó *Khsársa*, la trascripción asiria trae *Khsarsonska*. Del nombre persa han sido formados los nombres griego y latino Jerjes, y el nombre hebraico Ahasvero, que no es más que la trascripción casi exacta de las letras persas, salva la sustitucion de la *y* por la *v*, y que se le ha mal interpretado, despues de Josefo, por Artajerjes. Jerjes no era hijo de Dario. Herodoto concuerda con el libro de Esther, diciendo que fué proclamado rey

en Suza. La extension dada á su imperio desde Hoddo (nombre hebreo de la India) hasta Cusch, la Etiopia y sus ciento veinte y siete satrapías, está completamente confirmada por la inscripcion sepulcral de Nakeh-I-Rustan, grabada en caracteres cuneiformes sobre el sepulcro de Dario (Oppert, *Expedicion científica á Mesopotamia*, tomo II, pág. 159). Léese allí en efecto: «Hé aqui las tierras que yo poseí á más de la Persia... la Media, Elam, el Asia, la Brachthana, la Sogdiana... la India, los Escitas... la Asiria, la Arabia, el Egipto, la Armenia, Phut, Cusch, Cartago, etc., etc.»

Esther fué introducida en presencia de Asuero, el séptimo año de su reinado; ella conquistó desde luego el corazon del rey, que colocó sobre su frente la corona y le dió el título de reina. En la primavera de 474, el rey habia acogido como favorito á Haman, hijo de Haman.—Datha el Ayagila, es decir, del país de Ayag. Los Selenta tradujeron Ayagila por Macedonio, mas las inscripciones de Khorsabad nos enseñan que el país de Ayag formaba parte de la Media. Haman (Aman) era, pues, medo-persa, nueva circunstancia que prueba hasta en sus menores detalles la verdad histórica del libro de Esther.

Con motivo de las letras reales anulando el decreto dictado por Asuero contra los judios, á instigacion de Haman, el libro de Esther, cap. VIII, dice: «Mardoqueo envió dichas letras por los correos, montados sobre caballos lanzados á toda carrera, los Akhashaterdnim, hijos de los Rammakim.» Pues bien, la existencia de tales correos está plenamente confirmada por Herodoto (libro VIII, pág. 98): «Nada hay de mortal que iguale en rapidez á aquellos mensajeros. Dicha institucion es una invencion de los persas. Estos colocan, segun se dice, en toda la extension del camino tantas mudas de caballos y de hombres como jornadas hay de viaje. En cada estacion de la jornada tiénense dispuestos algunos caballos y un hombre, á los cuales, ni la nieve, ni la lluvia, ni el calor, ni la noche impi-

BIBLIOTECA CENTRAL

den andar de la manera más rápida el camino que les está prescrito. El primero que parte, trasmite los despachos al segundo, el segundo al tercero, etc., etc. El uno pasa al otro lo que le ha sido confiado, del mismo modo que los helenos celebran la fiesta de la Lampadófora en honor de Vulcano.»

Otro de los argumentos muy poderosos en favor de la verdad histórica del libro de Esther, es que él nos hace conocer como persas cincuenta nombres propios cuyo origen no pudiera en efecto ser desconocido, puesto que se les encuentra en la lengua persa de los caracteres cuneiformes.

Hebreo.	Persa.	Significación.
Mehouman	Vahumana	Magnánimo
Biza	Bazata	Que tiene el esplendor del sol.
Kharbofa	Warbona	(la w persa se pronuncia guturalmente.
Bigta	Bagata	Fortuna.
Abagta	Ubagata	Muy afortunado.
Zetur	Zairur	Vencedor.
Karkas	Kharhasa	
Kurschona	Kurskna	
Shetur	Sactav	
Turshisk	Darste	Los siete grandes de Persia.
Marsena	Marcina	
Mamouhan	Maumuschmus	
Meres	Merca	
Vashti	Vasti ó Vahasti	La reina, la mejor.
Haman	Hamana	Estima.
Hammedata	Haumadates	Su padre.
Zerish	Zaisra	Su mujer.
Parshandata	Frushnadata	Sus diez hijos.

La Biblia es, además, la única que nos trasmite la forma de otra palabra que, en el decurso de los tiempos, ha adquirido una importancia mucho mayor, en el mundo zoroastriano y musulmán. Tal es el vocablo que significa palabra, *Pitgam*, cap. I, v. 20: «Y para que se entienda el

pitgam del rey que él pronuncia sobre todo su reino.» Es la voz persa *pilligama* que ha pasado á ser *purgam*, palabra. (*Anales de Filosofía cristiana*, tomo IX, pag. 1.)

Destruccion del segundo templo de Jerusalem.—El profeta Daniel habia dicho (cap. IX, v. 26) seiscientos años antes del acontecimiento: «Al fin de un tiempo determinado, un pueblo guiado por su caudillo destruirá la ciudad y el santuario; la abominacion de la desolacion reinará en ellos, y la desolacion durará hasta el fin.» Jesucristo habia sido mucho más explicito (Luc., cap. XIX, v. 43 y siguientes): «Vendrá un día en que tus enemigos te rodearán de trincheras; ellos te encerrarán y te estrecharán por todas partes á ti y á tus hijos que viven dentro de tus muros, y no te dejarán piedra sobre piedra, porque tú no conociste el tiempo en que Dios te visitó (San Mateo, cap. XXIV, v. 1 y siguientes): «Cierta día sus discípulos se acercaron para hacerle admirar la estructura del templo... mas él les respondió diciendo: «Un tiempo vendrá en que todo lo que veis será de tal manera destruido, que no quedará de ello piedra sobre piedra.» Muy cierto es que aquella sentencia de destruccion fué pronunciada sobre el templo. Mateo, cap. XXIV; Luc., cap. XXI; Marc., cap. XVIII: «Cuando veais un ejército cercar á Jerusalem, sabed que su desolacion está próxima... Aquellos días serán los días de la venganza... Este país será agobiado de males, y la cólera del cielo estará sobre este pueblo; serán pasados por el filo de la espada, serán conducidos cautivos á todas las naciones, y Jerusalem será pisoteada por los gentiles hasta que el tiempo de los gentiles sea cumplido.» Hé aquí el oráculo, veamos ahora su cumplimiento. En el momento en que Tito salió de Ptolemais para poner sitio á Jerusalem, los signos precursores enumerados por el divino Maestro eran ya una gran realidad. Habíase oido por el mundo entero el ruido de los combatientes, el tumulto de las sediciones y el estruendo de las armas. La abominacion de la desolacion entronizóse en el lugar santo, el día en que

todos los pontífices fueron asesinados en el templo mismo. El ejército sitiador asomó desde luego sobre las alturas de Scopus, el 9 de abril 70. Muy pronto la ciudad fué bloqueada y el asedio principió. La aglomeración de gentes en Jerusalem era á la sazón tanto más extraordinaria, atendido que un grandísimo número de peregrinos habian sido atraídos por las solemnidades pascuales. Las provisiones quedaron presto agotadas; el trigo ya sólo era distribuido por raciones, de cada día más limitadas, á los hombres aptos para empuñar las armas. Durante la noche, los más válidos entre los famélicos salían por los subterráneos, cuya salida conducía al campo, y recogían cuanto podía tener visos de una comida cualquiera... La multitud yacía moribunda debajo de los pórticos, á la sombra de los palacios, en donde quiera que encontraba un refugio contra los ardores del sol... Los zelotes habian investido á un campesino, Phananas, con el cargo de gran sacerdote; la abominación de la desolación subía así cada día al altar de Jehová, puesto que el sacrificio no habia sido aún interrumpido. Los sediciosos que se habian apoderado del poder bajo el mando de Juan de Giscala, redoblaban sus esfuerzos para encerrar á sus víctimas. Su rabia desesperada crecía en proporcion del hambre. El grano habia desaparecido por completo de la circulación pública. Los soldados penetraban á mano armada en las casas para saquearlas, asesinaban á los propietarios, degollaban á aquellos cuyo semblante lívido y descompuesto revelaba sus horribles sufrimientos. Muy pronto el hambre alcanzó unas proporciones tales, dice Josefo, que en ningún tiempo habíase visto nada de semejante. Las azoteas de las casas, las plazas y las galerías del templo estaban llenas de cadáveres. Desde el principio habíase procurado desembarazarse de dichos focos de infección, arrojándolos por millares desde lo alto de las murallas, ó haciéndoles salir de noche por las puertas de la ciudad. Mas luego los brazos faltaron, y la peste empezó á su vez á ejercer sus estragos. En vano Josefo, el ex-

gobernador de la Judea, renovaba sus proposiciones de paz. Juan de Giscala y Simon Gioras nada querían entender, y su resistencia desesperada tenia casi rendidos á los romanos. Una noche, sin embargo, éstos se apercebieron de que los centinelas judíos habian cedido al cansancio y á la privación del alimento. Ellos dormían. Tito subió al asalto, superó todos los obstáculos y se apoderó de la fortaleza Antonia. Los soldados judíos habian tenido apenas el tiempo de abandonarla y precipitarse en el recinto fortificado del templo. El 12 de julio, el sacrificio de la tarde y de la mañana cesó en el templo; las víctimas faltaban. Tito hizo nuevos esfuerzos para obtener una capitulación. Ordenó á Josefo que llevara algunas proposiciones de paz á Juan Giscala, quien desatóse en injurias y maldiciones contra Josefo. Hizo levantar sobre las azoteas ó plataformas del templo varias ballestas y catapultas que lanzaban venablos y trozos de roca sobre los reductos de los siliadores. Tito entonces exclamó: «Yo tomo por testigos á los dioses de Roma, á la divinidad de este país, á los soldados que me rodean, á los judíos que están cerca de mí y á vosotros mismos, que vosotros sois los que invocáis la ruina sobre ese templo. En cuanto á mí, me comprometo á respetarlo; que se depongan las armas, y los sacrificios judaicos no serán más interrumpidos.» El asalto del templo fué intentado repetidas veces en vano; el incendio solamente hubiera podido acabar con una fortaleza cuyas piedras resistían á las más formidables helépolis. Tito consideraba el hecho como un sacrilegio y no quería recurrir á él de ningún modo. Empero, el 4 de agosto, día que fué testigo del incendio del templo por las tropas de Nabucoodonosor, un legionario, instrumento sin duda de la justicia divina, encarábase sobre las espaldas de uno de sus compañeros de armas, alcanza una de las ventanas de oro abiertas sobre el circujito septentrional del templo, y arroja una antorcha encendida en el interior de los aposentos laterales. Algunos instantes despues la llama lánzase al través del techo

de cedro; los judíos exhalan gritos de desesperación. Despertado con sobresalto, Tito acude, penetra en el templo, se cerciora de que el Santo de los santos no es aún presa del fuego, y ordena extinguir el incendio. Mas la rabia de los soldados, el deseo de la venganza y la sed de pillaje prevalecen sobre todas las órdenes, las amenazas y hasta los ruegos del joven héroe. Los furiosos acumulan contra la puerta principal azufre, betún y cuantas materias inflamables hallan á mano... Una inmensa hoguera, en que el oro y la plata corrian en raudales líquidos; hé aquí en qué vino á parar el templo de Jerusalem, una de las maravillas del mundo. Las matanzas cometidas aquel día por la soldadesca delirante parecerían increíbles, si ellas no estuvieran descritas por un testigo ocular. Josefo afirma que en un momento dado los torrentes de sangre amenazaron extinguir el incendio. Las víctimas, dice, eran más numerosas que los verdugos... Cuando el fuego lo hubo destruido todo, hasta los cadáveres que obstruían el recinto del Moria, y el templo no fué más que un montón de cenizas, los vencedores juntaron en haces sus águilas coronadas de laureles, y ofrecieron á los falsos dioses de Roma un sacrificio solemne sobre el sitio del santuario de Jehová.

Empero, aún restaba piedra sobre piedra del templo de Jerusalem. Para que la solemne profecía fuera cumplida, menester fué que Juliano el apóstata, envidioso de la gloria de Constantino, que había erigido en Jerusalem la basílica imperial del Santo Sepulcro, enemigo irreconciliable de los cristianos, engreído por tener contra ellos á los judíos por auxiliares, concibiese el extraño proyecto de levantar de sus ruinas el aniquilado templo. «Id, dijo al patriarca y á los principales de entre los judíos que él había llamado á Roma, volved á Jerusalem, participad á vuestros compatriotas que yo quiero devolverles la ciudad de David, reedificar el templo y restablecer la ley mosaica.» Los hebreos acudieron de todas partes para tomar nuevamente

posesion del territorio de su patria. Habíase dado orden de subvenir con los tesoros públicos á los gastos enormes de la reconstrucción del templo, habíase trazado un plano sobre unas proporciones gigantescas. Organízase colectas con entusiasmo, las mujeres judías dan sus joyas y pedrería. Los mármoles, las piedras de sillería y las maderas de construcción acumúlanse en Jerusalem, mientras que se montan grandiosos talleres para ejecutar los trabajos de cinceladura, escultura, bisutería, tapicería, etc. Los trabajos preparatorios prosiguen con un ardor increíble; tratábase de desembarazar todo el espacio ocupado por el templo, de demoler los restos de los cimientos antiguos, etc. San Dionisio, obispo de Jerusalem, seguía con ojo atento todas las fases de la empresa: «Tranquilizaos, decía á los cristianos inquietos; los judíos no hacen en este momento mas que realizar ellos mismos la profecía del divino Salvador.» Todos los judíos, ricos y pobres, hombres y mujeres, grandes y pequeños, habían puesto manos á la obra. Al cabo de muchos meses, no restaba ya del antiguo edificio piedra sobre piedra; los fundamentos del nuevo edificio estaban abiertos, los fosos desembarazados. Fijóse igualmente el día de la colocación de la primera piedra. Por la mañana un gentío inmenso invadió el monte Sion para asistir á la gran ceremonia. Mas hé aquí que de repente se siente un temblor de tierra. La convulsión interior es tal, que algunos trozos de roca, surgiendo de las entrañas de la tierra, como impelidos por una erupción volcánica, matan desde luego á los operarios más inmediatos, y llevan á lo lejos la muerte entre las filas de los espectadores... El día siguiente, no sintiéndose más los sacudimientos, el ejército de los trabajadores ocupa nuevamente el arsenal de desolación. Mas apenas los obreros vuelven al trabajo, cuando una erupción de fuegos subterráneos, combinada con una tormenta increíble, estalla de improviso. Esta vez el número de las víctimas es mucho mayor. Los fuegos eléctricos tienen una fuerza tal, que derriten y consumen en un abrir y

BIBLIOTECA CENTRAL

cerrar de ojos el hierro de los martillos, de las hachas, de los picos, de las sierras, etc. Un ciclón impetuoso forma un torbellino en la montaña, y dispersa como paja todos los materiales de construcción... Llegada la noche una gran cruz dibújase en el cielo con caracteres de fuego, y millones de otras pequeñas cruces incrustanse sobre los vestidos de los judíos, trazando en ellos distintamente cruces negras. Un gran número de judíos, obstinados en su incredulidad, atribuyeron dichos fenómenos extraños á los terremotos que devastaban á la sazón, no sólo la ciudad de Jerusalem, si que también Nicópolis, Naplusa, Gaza y toda la zona del litoral asiático. Tales hechos son atestiguados por Teodoro, *Historia de la Iglesia*, lib. III, cap. XV; por Rufino, *Historia de la Iglesia*, lib. I, cap. XXVIII-XXIX; por un gran número de Padres de la Iglesia; por Nicéforo, *Historia Eclesiástica*, lib. X, cap. XXXII, y Amiano Marcelino, libros XXIII, y XXIV. Hé aquí su testimonio: «Él (el emperador) quería legar á la posteridad un monumento digno de su grandeza y talento. Con tal pensamiento concibió el proyecto de restablecer el templo de Jerusalem, asediado por Vespasiano y arruinado por Tito, despues de un sitio famoso. Dicha empresa debia absorber sumas cuantiosísimas... Mas algunos espantosos torbellinos de fuego, brotando de las entrañas de la tierra con raudales continuos, abrasaron á los trabajadores é hicieron imposible el acceso á los talleres. *El elemento destructor parecia emplear una especie de obstinacion en rechazar todos los esfuerzos, y hubo que abandonar la empresa.*» El que habla es un escritor pagano, y un escritor avezado á adular á Juliano el apóstata. ¡Esplendor! ¡esplendor! No solamente no ha quedado piedra sobre piedra del templo, sino que sus últimos vestigios desaparecieron tan completamente, que hoy es absolutamente imposible el saber á punto fijo dónde estaba situado, y su espacio ó emplazamiento verdadero ha venido á ser causa de una controversia tan empeñada como interminable entre los exploradores franceses, ingleses, alemanes, americanos, etc., etc.

EPISODIO DEL DR. COLENSE, OBISPO DE NATAL.

Hace pocos años, un ministro anglicano, profesor de aritmética en una escuela oscura, encontrósé candidato para el episcopado de las misiones. La ciencia teológica no le tenia muy apasionado, y sólo se distinguia por su celo evangélico. A su llegada á Natal, el nuevo obispo ocupóse de filología, y llegó á estar asaz versado en la lengua *zulu* para componer en primer lugar un diccionario, y ensayar en seguida de traducir la Biblia en *zulu*. Él asegura que desde el principio vióse detenido por las dificultades de su trabajo. El aritmético habíase aplicado á la comprobacion de las cifras suministradas por la Biblia, y en resumidas cuentas, no habia logrado reconciliarlas entre sí. Además, un jefe *zulu* al cual él instrua habiale abrumado con objeciones, que el obispo no habia podido de ninguna manera resolver... Los papeles del misionero y del salvaje hallábanse trocados: la autoridad, el ascendiente y la razon estaban de parte del *zulu*. El convertidor iba siendo el pervertido. Oigámosle á él mismo referir su desventura. Esto equiválrá á un mismo tiempo á dar un ejemplo de las objeciones pretendidas insolubles, que él expone extensamente en los cuatro volúmenes de su obra *El Pentateuco y Josué ante la crítica*, que en 1853 hizo tanto ruido y ocasionó tanto escándalo. «Cuando yo traducia la historia del diluvio, tenia conmigo á un indigena, hombre sencillo, pero inteligente, que mostraba la docilidad del niño, unida á las facultades del raciocinio de la edad madura. Él me miraba, preguntándome: «¿Todo eso es cierto? ¿creeis realmente que todo eso sea como vos decís? ¿Como! ¿todas las bestias, todas las aves y todos los animales, grandes y pequeños, los que viven en los países calientes y los que viven en los países frios, vinieron así á pares y entraron en el arca con Noé? ¿Dónde pudo, pues, Noé haber recogido alimento para todos, para las bestias y las aves de rapi-

ña, lo mismo que para los demás? Mi corazón contestaba con las palabras del profeta: «¿Acaso el hombre dirá mentiras en nombre del Señor?» (Zacarías, cap. XIII, v. 3). Yo no me atreví á hacerlo. Mis conocimientos sobre ciertos ramos de la ciencia, particularmente sobre geología, han aumentado mucho desde mi partida en Inglaterra. Hoy, apoyándome en algunos razonamientos geológicos, tengo por cierto un hecho sobre el cual yo no tenía en otros tiempos más que algunos datos falsos, á saber, que un diluvio universal como el de que la Biblia habla, evidentemente sería imposible, y no pudiera haber tenido lugar de la manera descrita en el libro del Génesis, sin hablar de las demás dificultades que encierra dicha historia. Yo apelo de ello á esta circunstancia harto conocida de todos los geólogos: *que existen en Auvernia y en Tanguedoc montañas volcánicas de una extensión inmensa, las cuales deben haber sido formadas algunos siglos antes del diluvio de Noé, que están cubiertas de sustancias que hubieran debido de ser barridas por las aguas, y que no ostentan la más leve huella de un desquiciamiento parcial.* Bien sé yo que se ha ensayado demostrar que el diluvio de Noé no era más que un diluvio parcial. Empero, semejantes ensayos siempre me parecieron contrarios á los datos de la santa Escritura.» (*Cartas que sirven de prólogo á la obra de M. Colenso, tomo 1.º*) ¿No es eso acaso por demás cándido, por demás inconsecuente? ¿El obispo anglicano no se pregunta siquiera, si antes del diluvio había ya países fríos y países calientes? Si por el contrario no había una primavera eterna, *ver erat eternum*. Si la gran cantidad de vapor de agua existente á la sazón en la atmósfera, según lo requieren el descubrimiento de M. Tyndall y las teorías recientes de la irradiación, no templaba los ardores del sol y no impedía el enfriamiento excesivo del suelo. Yo he dicho ya que muy probablemente no había llovido antes del diluvio, y que los climas, por consiguiente (1), muy

(1) No ignoro que dos geólogos, MM. Lyell y Dawson, creen haber descubierto en diferentes niveles algunos indicios de lluvia sobre las

diferentes de lo que ellos son hoy, no eran ni demasiado calientes, ni demasiado fríos. *Ver erat eternum*, ha dicho el poeta; y el mayor número de los animales podían por lo tanto vivir juntos en las regiones habitadas. En cuanto á los volcanes de la Auvernia y de la Francia central, ¿no es extraño acaso, y ridículo aun, el ver que en el cabo de Buena-Esperanza se oponen sus cenizas á la revelación cuando sabido es que el período volcánico fué el último de los períodos del globo, y que la Auvernia y el Velay, particularmente, hallábanse en plena combustión en los siglos III y IV de la era cristiana, á la sazón en que para librarse del terror de los terremotos incessantes, instituíanse las Cuatro Témperas y las grandes Letanias (letanias de los Santos)? Cuando el obispo Colenso añade: «Conociendo eso [las cenizas volcánicas de la Auvernia y del Velay] cómo hubiera osado, yo, servidor del Dios de verdad, obligar á uno de mis hermanos á creer lo que yo no creía verdadero como hecho histórico? No es formal, ni procede de buena fe. «Nosotros no osáramos sondear las conciencias, dice monseñor Meignan [entonces abate Meignan, en el *Correspondant* del 25 de abril de 1863]; mas en su carta-prefacio, sin duda fingida ó supuesta, M. Colenso hace el papel de ingénuo. Un hombre todavía irremediablemente incierto no debiera declararse tan profundamente contra los milagros y aquellos que los defienden! Si aquí se trata de una ficción, ¿qué puede pensarse de un libro que principia con una farsa de ese género, y por decirlo de una vez, con mentiras poco dignas de un hombre

esquitas y los asperones ondulados del piso hüllífero de la Nueva-Escocia. (Lyell, *Compendio de los elementos de Geología*, pág. 542). Mas una cosa son algunas huellas reales de lluvia, y otra cosa algunas huellas de gotas de agua. Cualquiera de los monstruos marinos, cuadrúpedo ó volátil, que hubiera secudido su melena ó sus alas al salir del agua, hubiera producido exactamente el mismo efecto que la lluvia. En todo caso, dicha lluvia geológica hubiera sido propia de la época hüllífera, muy distinta de la época última ó secundaria de la creación del hombre, no siendo posible inferir una de otra.

honrado? El lenguaje piadoso de un obispo incrédulo es para nosotros motivo de una nueva y dolorosa sorpresa. M. Colenso revela el propósito, en su prefacio, de mencionar algunas objeciones que no había tenido ocasión de exponer en su libro. Eso es lo que él debiera decir con franqueza, antes que representar un lastimoso papel.»

Las objeciones de M. Colenso nada tienen de científico, ó al menos nada de científico á que nosotros no hayamos ya respondido. Su pretension, verdaderamente extraña en los actuales tiempos, es acusar de error al Pentateuco y al Libro de Josué, por algunas dificultades de detalle, que desde tres mil años han sido notadas por todo el mundo, y no han impedido la fe de ninguno en la verdad é inspiracion de los Libros santos. Quiere absolutamente que exista en cada uno de los guarismos de estos un rigor de exactitud, que la estadística moderna no ha realizado todavía. ¿Quién ignora, además, que dichos guarismos han sido particularmente expuestos á los errores y caprichos de los copistas? Si, por ejemplo, la lista de los emigrantes en Egipto, por el hecho de una suscripción cualquiera, encierra el nombre de uno ó de dos individuos nacidos más tarde sobre las márgenes del Nilo, el tal prelado créese inmediatamente en el derecho de rehusar todo carácter histórico al Pentateuco. Demos con el difunto M. John H. Prat, arcediano de Calcuta, matemático muy distinguido, autor de los *Principios matemáticos de la filosofía mecánica*, miembro de la Sociedad real de Londres, en su excelente pequeño volumen *Scripture and Science not at Variance (las santas Escrituras y la Ciencia no se hallan en discordancia)*, séptima edicion, in-18, de VIII-334 páginas. Londres, Hotchard, 1872 página 203 y siguientes), algunos ejemplos de las objeciones aritméticas de M. Colenso.

I.—En la enumeracion de las setenta personas de la familia de Jacob que descendieron á Egipto, cuando José era gobernador de aquel país, hácese mencion de dos antepasados de Judá que no podían haber nacido en aquella época. Esa interpolacion existió acaso en el texto origi-

nal? ¿cómo fué hecha? ¿con qué fin? Nada sabemos de ello. Mas ¿por ventura no es posible explicarla así? Bien que Hezron y Hamul, los antepasados de Judá, hubieran nacido en Egipto, el hecho de la muerte de sus dos hermanos mayores, Her y Onan, hallándose consignado en el mismo versículo, en [relacion estrecha con la introduccion de los nombres de Hezron y Hamul, indica muy suficientemente que los dos segundos ó hijos menores son mencionados aquí como los representantes de sus tios, fallecidos sin hijos; y la razon por la cual ellos son especialmente designados, es sin duda porque, aunque otros hijos hubieran nacido probablemente en Egipto, ellos eran los únicos jefes de familia. (Números, cap. XXVI, v. 21). El texto del Génesis (cap. XLVI, v. 12), es tan claro, «los hijos de Judá: Her, Onan, Sela y Phares; mas Her y Onan murieron en la tierra de Canaan. Y dos hijos nacieron á Phares, Ezron y Hamul.» que trabajo cuesta el comprender cómo un hombre inteligente, y sobre todo un obispo, haya podido equivocarse en ello. Esa manera de expresarse era ciertamente conforme con los usos de los judíos en el establecimiento de su genealogía. Así se explica tambien que, en el versículo 20, los hijos de José, Manassés y Ephraim, de los cuales dicho está expresamente que habían nacido en Egipto, figuran en el mismo texto. Para formular esa necia objecion, menester ha sido aún que M. Colenso adulterara el texto sagrado, dado que en lugar de: *Y habían nacido á Phares los hijos Hezron y Hamul*, él lee: *y los hijos de Phares, Ezron y Hamul* suprimiendo el verbo *habían nacido*, lo cual cambia completamente el sentido.

II.—Levítico, cap. VIII, v. 3: «Tu congregarás toda la asamblea á la puerta del tabernáculo.» Eso es imposible, dice M. Colenso; la asamblea era demasiado numerosa para que pudiera ser toda ella convocada á la puerta del tabernáculo. Evidentemente las palabras *toda la asamblea* pueden muy bien significar representantes de toda la asamblea. Cuando se dice de san Juan Bautista que todo

Jerusalén, toda la Judea y toda la región circunvecina del Jordán acudían en tropel en redor del él, nadie ha imaginado que todos los individuos de dichas comarcas fueran á la vez á recibir el bautismo, sino solamente algunos individuos de todas las comarcas.

III.—Deuter., cap. I, v. 1: «Tales son las palabras que Moisés dirigió á todo Israel, mas allá del Jordán, en la soledad campestre, enfrente del mar Rojo.» Josué, capítulo VIII, v. 35: «Josué lo repitió todo delante de la multitud entera de los hijos de Israel, las mujeres, los niños y extranjeros que moraban entre ellos.» ¿A quién pudiera hacer creer, dice el pobre obispo, que Moisés hubiese sido oído de un número tan inmenso de oyentes? ¿Como si Moisés y Josué no hubieran podido hacer conocer su voluntad al pueblo por el intermediario de los jefes de las tribus! ¿Acaso no se dice del general en jefe de un grande ejército, que él dirige una alocución á sus soldados, por innumerables que estos sean, y esto á pesar de la imposibilidad de hacerse oír, puesto que dicha alocución puede ser recitada ó leída á la cabeza de cada compañía?

IV.—«La extensión del campamento de los hebreos era tan grande, que los sacerdotes no hubieran podido de ningún modo dedicarse á las ocupaciones que les estaban asignadas, de llevar fuera del campamento los restos de los sacrificios» (Levítico, cap. IV, v. 12). «El pueblo hubiérase hallado también en la imposibilidad de atender fuera del campamento á sus necesidades de cada día» (Deuteronomio, cap. XXIII, v. 12-14). En hebreo el verbo *Ulevar* puede significar evidentemente *hacer Ulevar*, lo mismo que *construir* puede significar *hacer construir*. Además, nada impide suponer que en vez de ser un gran cuadrado, ó un gran círculo cónico, el campamento de los hebreos estuviera formado de varios campos parciales separados por algunos espacios vacíos ó calles, á las cuales podía aplicarse la fórmula *fuera del campo*. El espacio que había que recorrer para conformarse con las prescripciones de Moisés podía ser así sumamente reducido.

V.—«La suma total de los varones de la congregación entera de los hebreos aparece ser exactamente la misma en dos períodos separados por un intervalo de seis meses, (Exodo, XII, 37; Números, XXVI, 51); y no siendo en manera alguna cuestión de la primera época de recuento, sino solamente de la segunda, resulta de ahí que el primer número ha sido copiado en virtud del segundo, y que dicho pasaje carece por consiguiente de veredicto histórica.» Aunque no sea cuestión de ello, el recuento pudo muy bien haber tenido lugar la vez primera como la segunda. En segundo lugar, el censo ó recuento hacíase por números redondos de cincuentenas, sin que se tuviera en cuenta las unidades excedentes. Dadas tales condiciones, la igualdad de los dos números nada tiene evidentemente de extraño. En tercer lugar, un copista pudo muy bien, por una inadvertencia fácil, tomar el número del primer recuento por el segundo, sin que pueda inferirse de ello nada contra la verdad histórica. Por último, ¿por qué la cifra del primer censo no habría podido servir de punto de partida para la convocación del pueblo en asamblea general?

VI.—El doctor Colenso se asusta y escandaliza del número de bestias de carga necesarias para el trasporte de las tiendas de los israelitas. Revela con ello su ignorancia completa de los hábitos de Oriente. Diez personas y más pueden dormir debajo de una tienda hecha con un simple pedazo de tela sustentada por un palo horizontal y dos pares de palos cruzados, que un solo hombre puede llevar fácilmente.

VII.—¿Cómo una multitud tan grande pudo ser armada? ¿Por qué tales armas no debieron ser suministradas por los egipcios deseosos de ver partir á los hebreos? Además, el texto no dice que cada hombre estuviera armado, sino que el número de armas era suficiente para garantir la seguridad de la marcha contra la multitud de los fugitivos. Finalmente, la palabra que la Vulgata traduce por *armati* puede significar simplemente que los hebreos mar-

chaban con un órden regular, de cinco en cinco, por ejemplo.

VIII.—¿Cómo una semejante muchedumbre hubiera podido celebrar la Pascua en el instante mismo? ¿Cómo hubiera podido hacer en un solo día los preparativos del viaje? ¿Cómo tomar en un instante indivisible, todo lo necesario? ¿Cómo poder reunirse con tal precipitación sobre un solo punto, Ramessés? ¿Dónde procurarse el número de corderos requeridos para la Pascua? De un modo muy sencillo. Nada indica que los hebreos hubieran sido advertidos el mismo día de la partida; todo parece indicar por el contrario que ellos fueron avisados dos ó tres días de antemano y acaso más. Moisés pudo haber recibido el mandato relativo á la celebracion de la Pascua nueve días antes del décimo día del mes; de suerte que, aunque ellos fueran muy apresurados, tan apresurados que no pudieran siquiera preparar su comida, no lo andarían tanto como lo pretende M. Colenso. Aun cuando ellos lo hubieran estado, esa prisa misma, con el auxilio que les prestaron los egipcios en aquella circunstancia enteramente excepcional, basta para explicar cómo pudieron estar listos. Por último como lo hicimos ya observar, Ramessés, en el Éxodo (cap. XII, v. 37), no significa la ciudad, sino la region de Ramessés, en la cual vivían los hebreos. Aquí no se trata, pues, de una concentracion casi espontánea sobre un solo punto. Finalmente, cuando el sagrado texto (Éxodo, cap. XII, v. 12) dice: «Yo pasaré por Egipto esta noche», habla evidentemente de la celebracion de la Pascua, de la noche del 14, y no de la noche del 10 ó del mandamiento de la celebracion de la Pascua.

IX.—¿Cómo los israelitas pudieron alimentar sus ganados y sus carneros en el desierto? Colenso supone que para las bestias, el Omnipotente no pudo recurrir á medios milagrosos, tales como el maná para los hombres. El se resiste evidentemente á introducir en el Éxodo un elemento sobrenatural: todo revela en él la conviccion de

que se trata de una caravana ordinaria, sin asistencia alguna extraordinaria. Aun cuando fuere así, la objecion no sería menos fútil. La palabra *desierto* no debe inducirnos en error más que el estado presente de la Península. Los israelitas no estuvieron siempre en medio de áridos arenales; ellos iban de un oasis á otro. Es menester hacer distincion entre el desierto y la soledad: el uno es inhospitalario, la otra puede ofrecer algunos recursos. Los israelitas vivieron ordinariamente en la soledad y no en el desierto. Sus rebaños pudieron las más de las veces vivir sobre el linde del desierto. Ellos pudieron no tener consigo rebaños muy numerosos más que al principio ó hácia el fin de su Éxodo. La Pascua pudo no haber sido individual para cada familia; por fin, la historia de los madianitas, en la península del Sinai, demuestra que podían á la sazón alimentarse allí numerosos ganados. El decano de Westminster, M. Stanley, afirma por una parte que los valles de aquella vasta y terrible soledad están siempre verdeantes en ciertos puntos, y por otra parte que la vegetacion de dichos valles ha disminuido considerablemente.

X.—Dios dijo (Éxodo, cap. XXIII, v. 29): «Yo no arrojaré á los cananeos y heteos en un solo año, por temor de que la tierra no sea reducida en soledad, ó que las fieras no se multipliquen contra ti.» ¿Cómo, pues, una tan gran multitud pudiera hallar cabida en una comarca tan fácil de volverse desierta, y donde las fieras se multiplican con tal rapidez? En su cálculo, Colenso sólo tiene en cuenta la Palestina. Pues bien, la tierra de promision extendiase desde los confines del mar Rojo hasta el mar de los filisteos, y desde el desierto hasta el rio, es decir, hasta el Eufrates (Génesis, cap. XV, v. 18). Pues esta era la extension de territorio que abrazaron los reinos de David y Salomon.

XI.—Después del libertamiento de Egipto, el primogénito de cada familia debía ser consagrado al Señor (Éxodo, cap. XIII, v. 2). Más tarde la tribu de Levi fué reservada

para el servicio del Tabernáculo y quedó como sustituida á los primogénitos. (Números, cap. III v. 12.) En tal ocasión, los primogénitos y los levitas fueron objeto de un nuevo censo, y sus números respectivos fueron veinte y dos mil doscientos setenta y tres, y veinte y dos mil. El número de los primogénitos sobrepujaba al de los levitas, de doscientos setenta y tres, y ellos fueron rescatados al precio de cinco siclos por cabeza. Si se estima en seis-cientos mil el número de los varones de la edad de veinte años y más, el número total de los varones debe haber sido de novecientos mil, sobre cuyos novecientos mil, veinte y dos mil doscientos setenta y tres eran primogénitos. Pues bien, si se divide la primera cifra por la segunda, encuéntrase cuarenta (Colenso dice cuarenta y tres) para el número medio de hijos de cada familia ó de cada madre, resultando exorbitante en tales términos que forzoso es admitir que el Pentateuco es una fábula. Empero ¿cuáles son los primogénitos que fueron recontados? No son evidentemente todos aquellos que vivían á la sazón entre los novecientos mil, sino solamente aquellos que habían nacido desde la emancipación de Egipto, y que eran por consiguiente jovencitos, puesto que la consagración de los primogénitos al Señor databa del Éxodo. Bajo este punto de vista, la objeción queda desvanecida por completo. Una confirmación asombrosa de esta manera de ver nos es suministrada por el precio asignado para el rescate de cada primogénito; dado que él es precisamente el precio impuesto á los tiernos niños de cinco años para abajo, cuando eran prometidos ó consagrados al Señor y reservados como los primogénitos (Levítico, cap. XXV, v. 11). «Desde uno á cinco años, tú darás por cada varón cinco siclos.» Lo que el ataque ciego de Colenso pone plenamente en evidencia, es, pues, la exactitud escrupulosa de los Libros santos, y no su falsedad, así como la perfecta concordancia de los diversos libros del Pentateuco.

XII.—La enorme multitud de quinientos mil varones de treinta años y más, en los tiempos del Éxodo, no puede

haber salido de Jacob en cuatro generaciones, siendo la cuarta generación la que corría en el momento de la salida de Egipto (Génesis, cap. XV, v. 16). «A la cuarta generación ellos volverán aquí.» Durante la vida de Jacob, sus doce hijos tuvieron cincuenta y tres hijos varones, lo que arroja para cada hijo una proporción de cuatro y medio. Esta proporción es la que toma Colenso para el número de niños de cada madre, durante las cuatro generaciones subsiguientes hasta los tiempos del Éxodo. Empero, desde luego nada impide que los hijos de Jacob hayan tenido más hijos después de su muerte. Las hijas también debieron ó pudieron tener algunos varones, que Colenso olvida. Además, aunque la profecía se haya verificado al pié de la letra en la línea de Moisés y de Aaron, de suerte que para ella la vuelta de Canaan haya tenido lugar exactamente en la cuarta generación, de esto no se desprende de ningún modo que se estuviera solamente en la cuarta generación en todas las líneas de los descendientes de Jacob. Así en la línea de Josué (I Paralipómenos, cap. VII, v. 22-27), el número de generaciones es de diez. Estas dos simples observaciones sobre el número de los hijos y el de las generaciones quitan toda base á los cálculos de Colenso. Añadamos que éste no ha tenido para nada en cuenta la poligamia y el concubinato en el seno de una población sin cesar creciente, y que echa en olvido completamente que en general los hijos nombrados en las genealogías son solo aquellos que llegan á ser jefes de familia, haciendo caso omiso de los demás.

XIII.—Colenso considera el número de los sacerdotes ocupados en la celebración de la Pascua como completamente insuficiente. Empero, nosotros no tenemos medio alguno para precisar su número. Todos los hijos de Aaron no son necesariamente nombrados; tampoco se nombra á sus hijas; él puede haber tenido muchos nietos. A la fecha del Éxodo, tenía ochenta y tres años. Así se acaba de una vez con todas esas objeciones fútiles. Colenso no concibe tampoco cómo la sangre de la multitud de anima-